

Para repensar el imaginario petrolero venezolano (1912-2018)

Maylen Sosa Silva

Centro de Estudios Literarios y Lingüísticos Lydda Franco Farías
Maestría en Literatura Hispanoamericana
Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda
Coro, Estado Falcón
maylensosa@gmail.com

Fecha de recepción: 20 de mayo 2020

Fecha de aprobación: 14 de junio de 2020

Resumen

La intención de esta investigación es proporcionar una nueva mirada hacia las novelas del petróleo venezolanas, incluyendo títulos recientes y tratando de ofrecer nuevas lecturas respecto a este corpus literario que ha sido tan revisado. Nos apoyamos en categorías de Paulette Silva y Raymond Williams, entre otros, para entender este conjunto en el que pueden observarse las peculiaridades de la vida venezolana modificada profunda y radicalmente por el descubrimiento del petróleo en nuestro subsuelo.

Palabras clave: petróleo, novelas, Venezuela.

Abstract

To rethink the Venezuelan oil imaginary

The intention of this research is to provide a new look at Venezuelan oil novels, including recent titles and trying to offer new readings regarding this literary corpus so heavily studied in the past. We rely on categories by Paulette Silva and Raymond Williams, among others, to understand this set of literary works in which it can be observed the peculiarities of the Venezuelan life that was profoundly and radically modified by the discovery of oil in our subsoil.

Key words: oils, novels, Venezuela.

Pensar el imaginario petrolero del país es hacer una inmersión en las aguas profundas y turbias de nuestra historia contemporánea. Expresado casi siempre como sueño, aunque las más de las veces como pesadilla, despertamos del falsamente bucólico mundo agrario para desembocar a una modernidad apresurada y veloz motorizada por una fuente de energía que movió el mundo durante la segunda revolución industrial, (como señala Jeremy Rifkin (2018) ahora cuando tenemos en el horizonte los perfiles de la tercera.

En Venezuela, junto al cuestionamiento político y social, encontramos un vasto collage de seres, vicisitudes, lugares, tragedias, rutinas, amores, etc, en el que se va desplegando ante nuestros ojos las diversas facetas de este imaginario, conformando un paisaje en el que está siempre presente la riqueza, el caudal de la renta petrolera; y esta ahí explícita o implícitamente, de manera evidente o subyacente, porque aun cuando nuestra literatura contemporánea parece a veces ensimismarse y verse el ombligo, ese gesto también es consecuencia, derivación, resultado, de la abundancia y el derroche petrolero, como gesto de negación o resistencia a los valores desarrollistas que atraviesan nuestro país durante casi todo el siglo XX.

Por eso cuando Gustavo Pereira cuestiona los símbolos de la factoría Disney en su poesía (“Esto que recorre el mundo es el Pato Donald / de cuya cola/ cuelgan los imbéciles.” 1999: 42) o Montejo interpela la transformación de las ciudades (“Tan altos son los edificios / que ya no se ve nada de mi infancia.” 2005: 141) ambos están haciendo poesía de esa realidad que los rodea cotidianamente, realidad forjada a pulso por el estado rentista, sus dioses, sus mitologías, sus símbolos.

Las obras creadas al amparo del petróleo han conformado un corpus en el que la vida microscópica pero también la vida macroscópica del país adquiere dimensiones palpables, tangibles. Para un enfoque lo suficientemente amplio del tema petrolero en la literatura venezolana, hemos escogido el visor que propone Julia Elena Erial, quien en su artículo sobre “Petro

narrativas en Latinoamérica” (2003) se acerca desde muy lejos en el tiempo y el espacio a esta sustancia, comenzando con referencias a la biblia y al imperio romano, por lo que su texto funciona como un lente de largo alcance para mirar el asunto petrolero en la historia de la humanidad.

Habitualmente los textos sobre el tema del petróleo en la literatura venezolana parten desde las Crónicas de Indias, pero la investigación de Julia Elena Erial llega a remontarse a épocas anteriores. Así tenemos, por ejemplo, que sobre los tiempos del Antiguo Imperio Romano comenta: “Lacus asphaltibus lo llamaban los romanos cuando con asombro lo veían flotar sobre la superficie de los ríos y descansar en las orillas enlodadas de algunas tierras conquistadas.” (2003).

Alude también la autora a la presencia del petróleo en las antiguas civilizaciones persas y egipcias, y al acercarse a Latinoamérica, señala que para los nahuas será chapapote, así como mene para los indígenas venezolanos. Entre sus usos durante la época colonial, apunta Erial que: “ni el hedor del stercus ni el temor al demonis asustaron la ambición de la corona Española, cuyo poder se apoderó del mene, que los pobladores utilizaban con fines medicinales y como pegamento.” (2003)

De Colombia, Brasil, México y Venezuela serán las obras que Erial revisa para dar cuerpo a su artículo, analizando la manera particular en la que estas literaturas muestran el impacto de la explotación en sus respectivos países.

1. Condiciones iniciales para la explotación

En la VI parte de *Viejos y nuevos mundos*, titulada “Regreso de tres mundos” y que es una suerte de texto de naturaleza autobiográfica, Mariano Picón Salas contará, en referencia a los años 20:

Hasta formas económicas distintas se oponen al quieto estilo agrario, [...] Ya se buscaba ansiosamente petróleo en Venezuela; se erigían en la cuenca del Lago de Maracaibo los primeros taladros [...] años caóticos, de hacinamiento, riesgo y azar de la industria petrolera. (1983: 549)

El aún joven escritor sale de su natal Mérida hacia Caracas y puede observar, con toda la tragedia que supone para alguien vinculado desde su cuna al trabajo de la tierra, la desaparición de ese mundo conocido y cercano que va a ser engullido de modo brusco y agresivo por la economía del petróleo.

La extrema pobreza del país también la menciona Asdrúbal Baptista Troconiz en el apartado “Venezuela y su mercado” del libro *Un esbozo de la historia del pensamiento económico venezolano*:

La Venezuela de 1920 es un país misérrimo. Por décadas sin fin su movimiento histórico no ha hecho sino repetir las típicas condiciones del estancamiento pre-capitalista. Ocasionalmente, algún vaivén azariento en los precios de exportación de café o del cacao rompe la monotonía de la tendencia, y altera la certidumbre económica de las pocas familias que participan en el intercambio mercantil. (1985:28)

Un tipo de país dará paso a otro y de esos ritmos lentos de vida, de toda esa pobreza prácticamente general de siembras y cosechas que era Venezuela, el país entrará de lleno en el mercado mundial y la exportación de café y cacao pasarán rápidamente a un segundo y marginal plano. Luis Ricardo Dávila profundizará en el asunto en *Petróleo, cultura y sociedad en Venezuela*:

Hacia 1917, el petróleo revienta en las riberas del Lago de Maracaibo, en la región del Zulia, con profecías de abundancia. Muy pronto, en 1926, el nuevo mineral desplazará por vez primera al que hasta aquel momento había sido el principal producto de exportación y, por ende, generador de riqueza: el café. Además, y lo que es más importante, aquella cultura legítimamente agraria, con cuatro siglos de historia, comienza a impregnarse de otra cultura que no tardará mucho en justificarse ante la mirada y las actitudes del hombre venezolano. (2005; p. 3)

Y esta nueva cultura no es otra que una que tiene a Norteamérica como ideal a imitar y no a Francia, o al resto de Europa, como había sido hasta ese entonces, y que generará unos cambios vertiginosos en la vida venezolana. Al poseer algo que estaba en el punto de mira de la economía mundial como fuente energética privilegiada, Dávila señala que el petróleo le abría un camino único a nuestro país para insertarse al mercado mundial:

En su calidad de propietario de un bien precioso para el resto del mundo, la nación logró consolidar sus relaciones con la moderna economía capitalista. De esta manera, se abrían nuevos horizontes para aquella Venezuela tradicional, agraria, atrasada y paupérrima. El país comenzó rápidamente, quizás demasiado rápido, a transformar sus estructuras económicas, sociales y mentales. Las grandes transformaciones estuvieron a la orden del día: el país dejó de ser rural para convertirse en urbano, dejó de exportar productos de la tierra para importar los bienes de la modernidad capitalista; el Estado, por su parte, dejó de ser pobre

para convertirse en el omnipotente agente de progreso que ha sido hasta hoy día. Y todo esto ocurrió en un tiempo histórico relativamente corto. Porque 30 o 40 años en la vida de una sociedad no puede ser considerado más que un breve lapso. (2005:5)

De tal manera que nuestra inserción en el orden capitalista mundial, que se encontraba en su etapa temprana, tuvo como referente de excepción un recurso que dormía hasta ese momento en nuestro subsuelo, y gracias al cual dejamos de ser una sociedad agraria y latifundista para pasar a ser una sociedad urbana, consumista y capitalista, por intermediación de un poderoso estado rentista que se abocó al enriquecimiento de algunos, pero también a la modernización del país, expresada en saneamiento, carreteras, escuelas, hospitales, edificios, así como obras de ingeniería civil costosas y monumentales, tales como la Ciudad Universitaria, los edificios del Silencio, (ambas de Villanueva) en Caracas o el Puente sobre el Lago de Maracaibo.

Para Rodolfo Quintero la aparición del petróleo en el país separará en dos momentos bien delimitados nuestra historia:

a) la época prepetrolera; b) la época de la cultura del petróleo. Entre los rasgos de la primera puede señalarse un pausado progreso tecnológico; ausencia de progreso social; falta de cambios económicos, sociales y culturales de importancia. A la segunda época corresponde un progreso técnico acelerado; pausado progreso social; desintegración de las culturas criollas; frecuentes tensiones y conflictos. (2007: 68)

Y es relevante lo que señala Quintero porque vemos que si en la primera época se reseña la ausencia de progreso social, en la segunda se valora el progreso técnico, a la vez que se condena la desintegración de las culturas criollas, así como las constantes tensiones y conflictos propias de esta cultura del petróleo.

Javier Lasarte hace referencia a estos cambios, ahondando en los rasgos de la narrativa que emerge en estas fechas, la cual refleja las muchas transformaciones importantes que estaban ocurriendo en el país. Ese proceso modernizador encontrará en el lenguaje realista de un Pocaterra o vanguardista de un Julio Garmendia una expresión plástica adecuada para su expresión:

Más allá de diferencias, la narrativa posterior al modernismo se muestra como una unidad, no sólo por explorar nuevas fórmulas expresivas, sino como activa respuesta a lo que se vivió como cambio irrevocable: el proceso modernizador. La Caracas de los años 20 y 30, que Aquiles Nazoa llamase irónicamente «la París de un piso», conocería a la vez de nuevas formas tecnológicas de la vida social y cultural –la radio o el cinematógrafo–, las manifestaciones callejeras de estudiantes y trabajadores, los efectos dinamizadores de la explotación y comercialización petrolera o la transformación del rostro humano de la ciudad con la incorporación progresiva de nuevos sujetos sociales, entre los que sería cada vez más relevante la figura del inmigrante proveniente de áreas rurales y semirurales, destinado en su mayoría a nutrir la masa de los marginados urbanos. (2019: 7)

Para Lasarte esa movilidad humana, no sólo del interior del país, sino también generada de fuera, sería un rasgo característico de este proceso modernizador, que inaugura nuevas formas de marginación y miseria inéditas hasta ese momento en Venezuela.

Pero el país experimentó un efecto igualador de esta bonanza petrolera, como lo apunta Miguel Ángel Campos en *Las novedades del petróleo*, lo que considera como uno de los aspectos positivos:

El advenimiento del petróleo operó en lo inmediato como una influencia igualadora, igualdad no de hecho sino como tendencia, funcionó como instrumento expulsor de los últimos resabios nobiliarios. [...] La riqueza monetaria creó la ilusión de una democracia de base consumista. (1994:21)

Dos palabras me interesan particularmente de esta cita de Campos; la primera, la referencia a una “igualdad”, no de hecho sino como tendencia. Es decir, como inclinación general, y por otro lado la riqueza monetaria que crea la “ilusión” de una democracia consumista, destacando así el carácter superficial de esta capacidad de consumo del país. Pero también es interesante lo relativo a un proceso que sirvió para terminar de liquidar ese antiguo sistema económico latifundista que funcionaba hasta entonces, con sus “grandes cacaos” o terratenientes y con las masas de pobres campesinos.

Esta cultura que se impone en el país también será señalada por Gustavo Luis Carrera en su insoslayable y pionera obra *La novela del petróleo en Venezuela*, en donde afirma que “El petróleo no sólo transforma las bases económicas y políticas del país, sino que además aporta una “cultura” nueva.” (2005: 95) Y específicamente los aspectos relativos a esta cultura nueva, son los que iremos va desarrollar en esta literatura estrechamente imbricada en dicho proceso de modificación general.

Si pensamos en estas narraciones sobre los comienzos de la explotación petrolera en Venezuela, vemos que ya se perfilan en ellas aspectos que luego resultarán recurrentemente en los relatos posteriores. Por ejemplo, las relaciones entre gobierno y empresas extranjeras, la alianza autoridad-empresas ante las exigencias de los trabajadores, que son hombres venidos de todas

partes del país, pero también de países aledaños como Trinidad y Colombia. De igual manera no se podría obviar la mirada negativa ante el espacio urbano viciado, surgido en los poblados petroleros.

Varias de novelas que estudiamos aquí pueden hacer patente el significado del enunciado que utiliza Paulette Silva en *De médicos, idilios y otras historias* (2000) para introducir el tema de su obra, siguiendo a Raymond Carver. Ella se pregunta “¿De qué hablaban cuando hablaban de amor?”. De *Elvia*, de *Mancha de aceite*, de *Mene*, de *La bella y la fiera*, de *Casas muertas* y o de *Oficina N° 1* diríamos que en:

Una primera lectura podía hacer pensar que eran los sentimientos y el amor los asuntos que preocupaban a los narradores; pero una revisión más detenida indicaba que sus intereses estaban en otra parte: la ciencia, el progreso, las ciudades, los conflictos sociales y políticos, la degeneración o la decadencia. (2000: 19)

E inspirada en esta interrogación, se pregunta Silva “¿De qué hablaban los escritores venezolanos cuando hablaban de amor?” (2000; p. 25). En el caso de *Elvia*, de Daniel Rojas (1912), podríamos señalar que se habla del romance entre dos jóvenes de origen acomodado, pertenecientes a las mejores familias de Caracas, pero también de ese cambio de orientación respecto al país a imitar que ya no sería Francia sino Estados Unidos. El personaje del padre de Elvia, en su constante ataque a las intenciones de este país norteamericano respecto a Venezuela, deja clara su posición desde un principio, ya que no ve con buenos ojos a esa nación.

Se trata de una novela que carece de una trama sólida, que se queda a medio camino entre narración y discurso político, aunque debemos concordar con Paulette Silva que las novelas de la época poseen “las intenciones moralizantes, las polarizaciones, las lágrimas o las largas disgresiones [...]” (2000:41), elementos, por otra parte, también presentes en novelas coetáneas como *Peonía* o *Ídolos rotos*, entre otras. Pero en esta ocasión no se evidencia una destreza en el manejo del instrumento verbal, ni tampoco en lo que respecta a la debida orquestación formal de la novela.

Sobresale el pasaje referido a la subida al Ávila, como escena de costumbres en la que se pueden explorar los modos de vida de la época, la manera cómo los habitantes se relacionaban tanto en los espacios públicos como en los privados, así como también sus indumentarias y medios de transporte (caballos y tren), lo que contribuye a profundizar y entender la vida en esa época de comienzos del siglo XX en Caracas.

El núcleo de la trama lo compone la historia de amor entre Enrique y Elvia, alrededor de la cual se organizan toda una serie de datos relativos al momento histórico, la arquitectura de Caracas, el sistema político y la economía. El asunto petrolero emerge enlazado a una intriga alrededor de los amantes. Enrique recibe una breve esquela anónima donde se le acusa de pretender a Elvia por su dinero, para hacer fortuna a costa de este ventajoso matrimonio. El joven, abatido, entiende que la gente pueda pensar algo así, porque él sólo posee terrenos de un valor inferior a la fortuna del padre de Elvia. Pero rápidamente este conflicto se resuelve, porque llega a su casa uno de los empleados de su hacienda con una noticia que lo regocija: “Vengo a decirle que allá en la montaña de El llano he descubierto una gran mina de asfalto, que tiene que ser nuestra por hallarse en la hacienda” (2017:67)

Este descubrimiento en sus tierras supone un cambio en su riqueza, y el joven se plantea entonces las opciones que este hecho suscita: “Bustamante andaba ya ocupándose de explotar la mina, y vacilaba entre hacerlo por cuenta propia o por medio de alguna compañía extranjera de las tantas que ambulan aquí en pos de contratos y negocios del país.” (2017 : 69)

Estas dos posibilidades se le abren al protagonista, porque evidentemente eran las dos vías potenciales para alcanzar riqueza por medio de esa mina de petróleo. Bien lo apuntará Luis Ricardo Dávila: “Nuestros tesoros yacen en el fondo de la tierra porque no hay capitales para sacarlos a la superficie.” (2005, p. 8) Este es el contexto representativo de los tiempos en que se comienzan a entregar las primeras concesiones petroleras en Venezuela, que de pertenecer a nacionales pasan rápidamente a manos de extranjeros.

Enrique venderá su mina a Mr. Smith. De manera casual, dando un paseo por El Calvario, famoso punto en el que terminaba la ciudad de Caracas para esos años (ahora está en el centro, deslucido y evidenciando años de antigüedad y abandono), se tropieza con un norteamericano que había conocido fuera de Venezuela y entabla conversación con él. “Míster Smith se mostraba anheloso de conocer las tradiciones arqueológicas, los productos naturales y las riquezas principales de la nación” (2017:69). Desde esta conversación incipiente, se dirigen hacia el punto al que seguramente el norteamericano deseaba llegar desde el principio, pero al que sagazmente se va acercando de modo paulatino, en cierta forma casual, como sin premeditación. “¡Calla! -dijo Míster Smith- ahora recuerdo que usted es el dueño de la mina de asfalto recién descubierta.” (2017:70) Al desembocar en este hecho crucial y determinante del diálogo ya el lector sabe hacia dónde se encamina la trama: a la oferta del extranjero para comprarle la mina.

El padre de Elvia, quien desde el comienzo de la novela se revela como un antinorteamericano furibundo, no obstante considera buena la oferta que recibe Enrique:

Mister Smith propuso a Bustamante comprarle la mina por ciento cincuenta mil pesos al contado y el veinticinco por ciento del producto líquido. Don Roberto encontró la oferta muy aceptable, hasta por no existir en el país dinero ni vías de comunicación regulares para explotar nuestras riquezas espontáneas, y por vivir pendientes como ahora, de que los movimientos revolucionarios detengan o arruinen las empresas criollas, lo cual da al extranjero dobles derechos y ventajas. (2017:71)

Esta cita nos proporciona información valiosa sobre las condiciones del país para esos años en los que transcurre la novela. El argumento central era que no teníamos ni el capital ni las vías de comunicación necesarias para realizar esta explotación y por otro lado la inestabilidad política tampoco era de mucha ayuda para desarrollar una empresa nacional. Obviamente estas razones pesaban para que se prefiriera dar las concesiones a empresas extranjeras y no a concesionarios nacionales.

Para el gomecismo fue muy claro desde un primer momento, la importancia que el petróleo iba a tener para la economía del país. Así lo destaca Luis Ricardo Dávila:

A partir de 1917 se va a hacer evidente, para quienes dirigen el Estado, el particular interés que la nueva materia prima tenía para el mundo industrializado. “El asunto petrolero es de lo más importante actualmente en el mundo”, le informa un cercano colaborador al General Gómez en 1920. El petróleo se convertirá en el futuro inmediato en fuente de ingreso para la nación venezolana. (2005: 4)

Picón Salas, condena al petróleo, por do razones: “Mas el diabólico negocio del petróleo iba a fortalecer al duro y tosco pastor que dominaba en la Venezuela de 1920, y [que] se llamaba Juan Vicente Gómez.” (1983:551)

En la década del 20 la agricultura va a pasar a convertirse en una actividad residual (según las categorías de Raymond Williams) dentro de la economía del país, después de haber sido durante la colonia y en el primer siglo de la república la actividad económica hegemónica. Emergerá el nuevo combustible emergente que arrasará aceleradamente con el mundo asociado al trabajo de campo y que viene a constituir la cultura del petróleo, que moldeará un estilo de vida nuevo.

2. El país como ámbito para el despojo

Cubagua (1929) de Enrique Bernardo Núñez explorará a través de su novedosa mezcla de tiempos y personajes, el tejido histórico que posee la isla que da título a la novela. En ella, el personaje de Leiziaga sueña con esa prosperidad petrolera que le podría permitir dejar Venezuela e irse a disfrutar de la vida en Europa: “De una vez podría realizar su gran sueño. En breve la isleta estaría llena de gente arrastrada por la magia del aceite. Factorías, torres, grúas enormes, taladros y depósitos grises : “Standard Oil Co. 503”. (1972: 41) En el territorio sin tiempo de la isla veremos emerger las distintas riquezas, primero las perlas que enloquecieron de codicia a los conquistadores, ahora la ilusión petrolera.

En la misma línea de los sueños de Leiziaga está *El señor Rasvel* (1934) de Miguel Toro Ramírez, aunque Rasvel se las ingenia para conseguir hacer dinero a través de los extranjeros e irse a Europa con una de sus queridas. Y su caso no es más que uno más de los muchos que aspiraban y lograron obtener beneficios de esta explotación. Se trata de una obra satírica, burlona, en la que los personajes resultan caricaturescos, intencionalmente exagerados en sus líneas. Aquí se desplegará ante nuestra vista el entramado de subalternos, de secundarios que siendo venezolanos, se asocian con el extranjero para su propio beneficio. “Ellos tienen muchos millones. Juegan con el petróleo venezolano porque siempre ganan. Todos juegan y ninguno pierde.” (2019: 217) Aunque los personajes no ostentan una particular verosimilitud, en cambio lo que se cuenta sí posee carne de realidad, resulta de una verosimilitud total. En personajes como Rasvel podemos reconocer a la caterva de seres que desde sus comienzos han minado la historia del país, que actúa siempre pensando en su beneficio personal y en desmedro de la nación y del resto de sus pobladores. Bien lo expresará Rasvel al decir: “Esta tierra es más o menos como una vaca y la leche no nos cuesta nada. Era un venezolano rancio, pero sin idea de patria.” (2019: 218)

Volviendo los ojos al pasado, Miguel Ángel Campos cita a Uslar Pietri para enfatizar que casi toda la historia de Venezuela antes del petróleo es de pobreza, pero que luego de las guerras de independencia esta pobreza será aún mayor,

Y este país miserable es el que se reparten los hombres de la Independencia, salvo dignísimas excepciones, sujetos torvos sedientos de mando y altamente preparados para ejercer la humillación y el robo. (1994: 23)

De esta tradición de sujetos torvos, sedientos de mando, y especialmente preparados para ejercer el robo y el pillaje, derivan

estos otros seres de la época petrolera, que como el personaje de Rasvel, ven al país como una vaca de la que robar impunemente una leche que no les cuesta nada, sin idea alguna de patria o de honor. Recalcará Campos como de esos fundadores del estado venezolano se derivan las prácticas que ven a la patria como un botín:

Ese verdadero educador es el Estado y sus iniciales formuladores, los redentores que se apropian la patria como botín, los constructores de nuestro orden civil republicano. A los Páez suceden los Antonio Leocadio Guzmán, al cacique con su caballo, sucede la “camioneta del gobierno”, símbolo del nuevo gamonal de la ciudad. (1994: 23)

De una época a otra, los mismos roles y funciones se van a ir ejerciendo por diferentes personas, y en diferentes escenarios nacionales, donde se repiten una y otra vez como en un martirio tantálico, los mismos gestos de rapiña y corrupción.

En *Los Riberas*, (1957) única novela escrita por Mario Briceño Iragorry, observaremos un enfoque novedoso de la cuestión petrolera, aunque entronca con facilidad con lo antes planteado, en el sentido de que los protagonistas forman parte de una familia afín al gobierno de Juan Vicente Gómez, por lo que se beneficia a manos llenas de las concesiones petroleras. Pero permite ver una óptica diferente de este personaje de la política venezolana, no tan cargado por las tintas oscuras de Blanco Fombona. Se nos muestra así a un hombre del campo metido a las arenas de la política y que conservará sus hábitos de labriego hasta el fin de sus días.

Pero también se muestran los negocios por medio de los cuales se enriquecen los allegados a Gómez, a través de las concesiones otorgadas a empresas extranjeras. El relato comienza en 1918, dentro de una familia de comerciantes y empresarios andinos, oriundos de Mérida. Sumamente ilustrativo será el trayecto del hijo mayor de la familia, Alfonso, de su tierra natal hacia la capital, para reunirse con el resto de su familia, por todos los detalles que proporciona acerca de los modos de desplazamiento para la época, primero en caballo, luego en tren, después en barco. Así también son interesantes los diferentes paisajes que atraviesa, las ciudades, los lugares de paso, la gente que frecuenta durante el largo recorrido, al igual que los diálogos y diversos puntos de vista sobre el país y sus problemas.

Una vez en Caracas, su padre, Vicente, cercano al círculo de amistades del dictador, lo introduce en el mundo comercial y empresarial caraqueño, gracias al que muy velozmente hace riqueza. Así como lo afirma también Miguel Ángel Campos en su ensayo, lo expresará Briceño Iragorry,

Los mejores aliados de las poderosas empresas internacionales eran los criollos empeñados en hacerse pagar su entreguismo. [...] es absurda la conducta de quienes festejan con la boca a Bolívar, a Páez y a la República, mientras hipotecan su libertad económica a los consorcios forasteros y entregan su propio porvenir político a la tutela de las absorbentes potencias. (1983: 369)

Con motivo del festejo de los 100 años de la batalla de Carabobo, el 21 de junio de 1921, el autor expresa su crítica respecto a esos venezolanos que por un lado dicen querer al país y a sus símbolos y por otro lado se enriquecen hipotecándolo: “Bolívar y la Patria poco han valido cuando colinden con ellos los intereses de la sórdida clase empeñada en enriquecerse y en gozar de la impunidad garantizada por su daltonismo moral.” (1983: 370)

3. Poblados petroleros

La Bella y la fiera (1931) de Rufino Blanco Fombona es una novela de carácter y naturaleza muy distinta de *Elvia o El señor Rasvel*. Primero, su autor es indiscutiblemente un literato, con disciplina y oficio, lo que se deja ver en la plasticidad de su estilo. Los personajes cobran vida ante nuestros ojos, reales, verdaderos, imbuidos de verosimilitud y denuncia. Abiertamente antigomecista, esta novela, a través de la excusa del romance, (dos estudiantes revolucionarios y una viuda y su hija) hace tragar al lector toda la hiel de un gobierno déspota, asesino, cruel y corrupto, que cerraba universidades, torturaba jóvenes, y ejercía una férrea censura en el país. Así pues, la novela exuda desprecio hacia Gómez y sus huestes de acólitos, cómplices de sus continuados abusos y crímenes.

En algún episodio puntual del conjunto de la obra, la novela narra cómo surgían de la nada dentro del país estos poblados que nacían por el impulso del petróleo:

En otra región, distante, gris, calcinada, bajo un sol tórrido, se levantan tiendas, barracas, casucas provisionales; y allá, a lo lejos, un puebluco miserable, dominado por dos torres de dos iglesias católicas. Es una región de petróleo; es decir, para los trabajadores, uno de los infiernos de aquel país, y para los millonarios y sus agentes, uno de los paraísos de la tierra. (2019; p.14)

Todos esos términos y construcciones peyorativas vienen a condenar esos pueblos, así como su pobreza inherente: “casu-

cas”, “puebluco”, enfatizando el carácter degradado de estos asentamientos. También en *Mene, Casas Muertas y Oficina n° 1*, se ahondará en estas poblaciones que emergían como hongos al abrigo de la explotación petrolera.

La mirada del autor es claramente negativa, las perspectivas de Blanco Fombona, de Díaz Sánchez, y de Otero Silva coinciden en proporcionar un enfoque bastante lúgubre de estos poblados incipientes que luego se iban agrandando de manera caótica y en los que reinaba el vicio, los burdeles, el alcohol, los juegos de azar. Junto a Bradford Burn se puede afirmar, al lado de estos escritores, que el progreso que trae a Venezuela la riqueza petrolera sólo va a ser aprovechado por grupos puntuales de nacionales, mientras que otra gran mayoría pasa de la pobreza de la economía agrícola a la miseria petrolera, aunque obviamente dentro del marco cultural que cada una de estas economías propicia.

En esta novela de Blanco Fombona vemos unos trabajadores que intentan hacer una huelga para solicitar una mejora en sus salarios, pero en un país donde las empresas extranjeras pueden funcionar a sus anchas prácticamente sin regulación de ninguna naturaleza y con apoyo incondicional de las autoridades, el resultado es el linchamiento de estos obreros, de nuevo el crimen y el asesinato contra el débil. “Los obreros han pedido un miserable aumento de jornal [...] Solo tienen una respuesta, [...] el inglés dice: NO.” (2019: 114)

El dibujo de este país regido por un déspota se hace con los colores más vivos, el escritor articula su denuncia desde las escenas más violentas y sanguinarias, expresando abiertamente las llagas y heridas de la dictadura, sus oscuras y miserables mazmorras, sus crueldades sin límite, y todo con la complicidad de los países que tenían concesiones en el país, Norteamérica, Holanda e Inglaterra.

Como bien destacará Campos, la explotación petrolera traerá al país formas inéditas de marginalidad, evidentes en estos poblados de los inicios de la explotación, pero también notorios en los cinturones de miseria que van a proliferar luego de la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en las principales ciudades del país:

la narrativa del petróleo de los años que hemos estudiado posee la altísima significación de descubrirnos por primera vez un aspecto de la sociedad venezolana que nunca antes había existido. Nos referimos a la marginalidad como un fenómeno enraizado en las ciudades. (1994: 10)

Y el crítico enfatiza cómo esta narrativa del petróleo va a revelarnos esa dimensión propia del fenómeno petrolero venezolano. En *Mene* (1936) emergerá de nuevo la constante antes mencionada de cómo la explotación petrolera crea poblados de la nada: “Pueblos oscuros -Cabimas, Lagunillas, Mene- se incorporaban al frenesí del mundo. Las veredas convertíanse en calles, los cujuizales en viviendas: unas viviendas presurosas, hechas con los cajones de las máquinas y tapadas con planchas de zinc.” (1977: 39) Y para los que conocemos muchos de estos poblados, queda en ellos como un aire de campamento seguramente derivado de que en sus comienzos fue un sitio provisional que luego paulatinamente pasó a convertirse en lugar de permanencia, pero sin perder nunca ese carácter acentuadamente provisorio, y de espíritu mercantilista.

Son lugares que siempre tienes la impresión de que acaban de nacer, aunque no sea así. Para Javier Lasarte esta novela será referencial para observar los tipos humanos que esta explotación movilizaba: “*Mene* (1936) de Ramón Díaz Sánchez, la más importante [de las novelas] sobre el nacimiento de las poblaciones vinculadas al petróleo, cuya irrupción, imaginada como infernal y babélico motor del nuevo mundo urbano deshumanizado, propiciará el deseo de una vuelta a la tierra de los orígenes.” (2019: 10) Pulsión que también será evidente en los textos de Picón Salas y Briceño Iragorry, como nostalgia de un país que es el de sus años de infancia, que vivía a otro ritmo, que poseía otras costumbres, para el que la tierra y su cultivo eran el centro dinamizador.

Respecto a los pobladores de estos sitios apunta también Campos, que se definían según sus lugares de origen, cualidades y funciones:

margariteños para el agua; los corianos para el monte; los negros antillanos para todo. [...] los chinos, para ventas de comida; los sirio-libaneses, para venta de baratijas; las negras caribeñas, para cuidar los hijos de los jefes y de las madamas rubias; los andinos, vendedores de refrescos ambulantes, y choferes de las “jaulas”. (1994: 77)

Otro punto de contraste entre las viviendas y pobladores de estas zonas de explotación petrolera eran las enormes desigualdades respecto a las condiciones de las viviendas, creando distancias y segregaciones, porque las casas de los foráneos eran de una perfección extrema, en lo que respecta a sus servicios y características, primero, te encontrabas una “Verja de alambre muy alta. [...] Era un lugar barrido, reluciente casi...Había arbolillos recién plantados, postes con focos eléctricos y banderolas triangulares. [...] Al otro lado de la verja dos mujeres y dos hombres rubios jugaban al tennis.” (1977: 49) Ya la verja viene a delimitar un espacio vedado al resto de las personas, un recinto exclusivo en el que el extranjero reproduce sus espacios lejanos, sus viviendas, sus espacios privados foráneos. Por otro lado la naturaleza urbanizada de estos campos, los servicios, la limpieza, el orden, todo destaca las cualidades del mundo del que proviene el otro. Pero también sus cuerpos, esas formas

tan distintas, privativas de una suerte de preeminencia racial que todavía por esos años se creía, y que alcanzaría su punto de quiebre con los nazis y su ideal de la raza aria. Picón Salas también destacará este profundo y notorio contraste que crea ese nuevo mundo petrolero:

Ya no bastaban los frutos de la tierra y toda riqueza era expansivo gas que se escapaba en la lengua de fuego de los mechurrios. [...] Unos se enriquecían y otros se empobrecían[...] se les separó de la clase forastera y superior por las alambradas y cables de alta tensión que marcaban en los campamentos el límite entre dominadores y nativos. (1983; p. 550)

Ya los cultivos no eran el centro de la economía del país, lo que bullía de vida era el petróleo, su extracción, y eso va a generar nuevas desigualdades y quiebres sociales.

Esos dos universos vitales se confrontan en estas novelas, se miran, se constatan, se relacionan de diversas maneras, con algunas pinceladas de violencia, como el asesinato de Mister Rule en manos de Teófilo Aldana en *Mene* por haberlo incluido en la lista negra, o como le pasará a su vez al trinitario Enguerrand Narcisus cuando entra en esa lista por utilizar uno de los baños exclusivos para los extranjeros de la compañía, en medio de una urgencia estomacal callejera. Este aplicará la violencia sobre sí mismo al decidir suicidarse tras constatar que no podría conseguir más trabajo en los predios de las compañías. Ambos personajes de *Mene* denuncian en sus cuerpos la feroz discriminación, el absoluto poderío con el que funcionaban estas compañías en el país, apoyadas siempre con total impunidad por las autoridades locales. Sobre el perfil definitorio de estas ciudades petroleras dirá Rodolfo Quintero que es siempre una:

Ciudad donde el lujo contrasta con la miseria, el hambre con la abundancia de alimentos; con mercados llenos de día y de noche, de ricos y pobres, de criollos y de extranjeros, donde se compra y se mendiga, se roba o se pasa el tiempo simplemente. (2007: 55)

Enfatizando con sus palabras las notorias divergencias y oposiciones que funcionan en estos organismos urbanos.

En *Casas muertas* (1955) luego de la tragedia de la muerte de su novio Sebastián, dentro del marco más amplio de la decadencia y lenta desaparición del pueblo azotado por las enfermedades endémicas y el movimiento de la población hacia los entornos de los yacimientos petroleros, Carmen Rosa elige vivir, y esta elección supone dejar el pueblo, siguiendo esa vitalidad oscura que proporciona la explotación petrolera: “Todos iban en busca del petróleo que había aparecido en oriente, sangre pujante y negra que manaba de las sabanas. [...] El petróleo era estridencia de máquinas, comida de potes, dinero, aguardiente, otra cosa. A unos los movía la esperanza, a los más la necesidad.” (1975: 206) Desde su casa, Carmen Rosa ve pasar ese constante flujo de seres arrastrados por la vorágine petrolera, seres de todas las cataduras y orígenes, confluyendo hacia esa fuente de riquezas que era el petróleo, huyendo de la pobreza, de la vida miserable en los entornos agrícolas que prevalecían en el país, buscando mejores condiciones de vida, posibilidades de surgimiento. La misma descripción del petróleo como sangre alude a la imagen de una vitalidad orgánica generada alrededor de esta sustancia en los sitios donde se extraía. Observaremos una gran diferencia entre la vida de Ortíz y la de esos poblados a los que se dirigen, porque si en la primera la vida tenía un ritmo lento y apacible, la segunda es de un presente en constante movimiento, “Vida lucrativa y utilitaria”. (2007: 59) en palabras de Quintero.

Continuación de *Casas muertas* será *Oficina n° 1* (1961), también de Miguel Otero Silva, en donde encontramos de nuevo a Carmen Rosa durante su viaje al lado de su madre hacia ese lugar de vida, aunque también de vicio, que será el poblado que surge alrededor del pozo Oficina n° 1. Ya en medio del viaje, que como todos los de esa época se hacía en vehículos destartados por caminos de tierra, Carmen Rosa y su madre llegan a este lugar donde ya había un incipiente asentamiento establecido, donde las recibe la tragedia de una explosión en la que han muerto unos hombres. Pero como se verá también en otros episodios de esta obra, el carácter inhumano de estos espacios petroleros resta valor a esas muertes, torna insignificante la pérdida de esas vidas, piezas minúsculas dentro de la maquinaria más amplia de hacer dinero que son esas compañías:

También pueden quedarse aquí y montar una tienda que nos hace falta. En mi opinión, tendremos trabajo y gente por largo tiempo en esta meseta.

¿Quedarnos aquí? -y Carmen Rosa extendió la mano hacia la sabana despoblada -¿Dónde?

-Un indio del Cari les hace una casa en dos días por sesenta bolívares. [...] Si no tienen los sesenta bolívares en efectivo, la compañía se los presta. (1980: 17)

Bajo esas condiciones, las dos mujeres se quedarán a continuar sus vidas en ese poblado, que irá aumentando progresivamente hasta convertirse en una pequeña ciudad. Respecto al tipo de ciudad que era, Rodolfo Quintero afirma:

No están establecidos los límites entre la “buena” y la “mala” vida en las “ciudades petróleo”. Porque éstas son tierras de nadie, encrucijadas donde a la vuelta de cada esquina puede suceder cualquier cosa. Junglas donde es fácil ocultarse favorecido por la aglomeración. En las que puede hacerse, y se hace, vida múltiple. Y abundan las oportunidades para la aventura y la tragedia. (2007: 60)

Y por esto el carácter disímil de ese lugar en el que se establecen Carmen Rosa y Carmelita, en el que podías venir a formar parte de un burdel o bien a montar un abasto, y todos conviven en ese espacio múltiple y disímil.

Para Gustavo Luis Carrera esta novela de Otero Silva adolece de una falta de compromiso que en su opinión la desmejora frente al resto de las novelas del petróleo en el país:

En el fondo, las limitaciones de *Oficina No 1* en estos aspectos significativos para la evolución del tema, provienen de que es tal vez la única novela de las vistas en estas páginas que no tiene una posición definida ante el problema. Otero Silva no se precisa en su enfoque de la explotación del petróleo en Venezuela. Tiene qué pintar, qué escribir, pero no qué decir. Y la ausencia de opinión sobre el petróleo es la peor enemiga para escribir una novela petrolera, justamente sobre un asunto básico para entender la realidad venezolana y que exige, como la misma situación del país, una posición clara, expresa. La aparente objetividad de narrador puro es una forma de evasión o de complicidad. La explotación petrolera en Venezuela, aun en una obra de arte como es una novela, tiene que verse con valentía, con sinceridad. Si se quieren defender posiciones de dignidad nacional, de interés popular, hay que llegar hasta el fondo y descubrir al imperialismo yanqui y a sus cómplices. (2005: 79)

No coincido con el punto de vista del crítico, por considerar que no necesariamente asumir una posición o un compromiso respecto al tema hace mejor o peor la novela, formalmente me parece una gran novela, que coloca ante nuestros ojos unos personajes que están vivos y que no requiere hacer una condena explícita de la explotación del petróleo en el país para conseguir ser una excelente obra que trasciende en el tiempo y que ya posee un lugar indiscutible dentro de la literatura nacional.

Si *Oficina N° 1* se publica en 1961, *País portátil* de Adriano González León ya se publica a finales de esa década, en 1968, y proporciona otra mirada de la capital venezolana en la década de los sesenta:

el mejor país del mundo, todo está en regla, perfecto, si los americanos no sacan el petróleo quién lo va a sacar, ustedes quieren salir de los yanquis para entregarnos a los rusos [...] no se fijan en los supermercados repletos, en los automóviles que andan por las calles, en las urbanizaciones bien construidas, todos los días hacen un edificio nuevo [...] lo que pasa es que hay mucho sinvergüenza, no ven la gente de los cerros [...] no tienen que comer pero tienen televisor y sin embargo protestan. (1994: 251)

Con un lenguaje acorde a los experimentalismos de la segunda vanguardia latinoamericana, si pensamos en las categorías señaladas por Saúl Yurkievich, esta galardonada novela va jugando con diferentes relatos, espacios y temporalidades dentro de una misma familia originaria de los Andes. Los personajes que protagonizan el presente del relato, apoyan las guerrillas y manejan un discurso muy diferente al de este otro personaje citado que se alinea con la modernización que tiene como modelo Norteamérica.

No obstante esta aseveración del personaje permite avizorar el carácter de esa modernización superficial y apresurada que impulsó el estado rentista, porque como bien lo señalará Luis Ricardo Dávila fue un proceso vertiginoso que no permitió el cambio progresivo de los valores y sistemas de pensamiento. Nuestra particular modernización tuvo rasgos muy peculiares y definitorios, porque aunque se alcanzó un sentido de unidad nacional que antes no se poseía, no pudimos vivir una paulatina variación de maneras de vivir y pensar:

la unidad de la nación y la modernización de sus estructuras no dependió tanto del pasaje armónico, progresivo, de una sociedad tradicional hacia otra sociedad moderna, sino que dependió más bien de un accidente de la naturaleza, de la existencia del preciado mineral en las entrañas de nuestra tierra, y de un legado jurídico: la propiedad nacional del subsuelo. Se violentaban, en consecuencia, algunos códigos históricos, culturales y económicos con hondas consecuencias sobre la existencia y porvenir de la sociedad. Y así nos hicimos modernos muy a pesar nuestro, según la afirmación de Picón-Salas, nos hicimos modernos sin contar con el respaldo del imaginario de la modernidad. (2005: 12)

Lo que coincide plenamente con la idea de un país portátil, sin raíces firmes, sostenido en el aire, como tanto pregonó Mario Briceño Iragorry en sus ensayos.

4. Puesta en duda de la mirada negativa hacia el petróleo

Para Gustavo Luis Carrera no hay manera de abordar un asunto como el petrolero sino es asumiendo una posición clara respecto al hecho, por lo que sus conclusiones sobre las novelas del petróleo en Venezuela sólo pueden ser que: “el balance de los beneficios y los males derivados del petróleo no dejan dudas: los perjuicios económicos y morales aplastan cualquier ventaja económica que se señale.” (2005: 188) Se muestra tajante el crítico al despachar de modo absoluto el efecto del combustible fósil sobre nuestro país. De tal manera que un elemento común a gran parte de la literatura del petróleo es la mirada negativa hacia esta explotación, bien lo destaca José Amador Rojas Saavedra en su artículo *El motivo del petróleo en la novela venezolana*: “Nuestra narrativa que recoge el motivo del petróleo fue escrita desde una posición crítica, de alerta y cuestionamiento a la realidad nacional.” (2017: 130) y por esto el crítico se considera en el deber de hacer notar otra cara de la riqueza petrolera, invisibilizada, al calificarla sólo condenatoriamente: “en reivindicación de un petróleo mal entendido y mal considerado, tanto por nuestros escritores como por la crítica literaria, al calificarlo como estiércol del diablo, el causante de todos nuestros males pasados, presentes y futuros.” (2017: 164)

Podemos notar esa visión negativa en las imágenes que escogen tres pensadores fundamentales como Uslar Pietri, Briceño Iragorry y Picón Salas para referirse al petróleo: “Si Uslar utilizó principalmente la imagen del minotauro [...] Picón va a recurrir a la metáfora del vellocino y Briceño a la del ‘estiércol del diablo’ de los guaiquerías ancestrales”.(1999: 15) Arturo Almandoz alude así a tres metáforas para aproximarse al impacto del negro asfalto para la cultura del país. Y en los tres casos se plantea como un elemento que va a incidir negativamente sobre nuestra forma de vida e identidad.

Este ángulo negativo de condena al combustible fósil pasará de un autor a otro, sin embargo, consideramos que al escoger este radical y parcializado punto de vista, se obvian los rasgos positivos que también tuvo el hallazgo del petróleo en nuestro subsuelo. Perspectiva que enunciará Miguel Ángel Campos en *La novela, el tema del petróleo y otros equívocos* al afirmar que:

Aún en su impacto inercial el petróleo actúa como una fuerza de clara ascendencia positiva, su efecto es dinamizador y socializante. El sólo hecho de la actualización de maneras, en un escenario dominado por relaciones de servidumbre y poder patriarcal, dispone a la sociedad para encarar con relativo éxito cierta dignidad material que adviene con la circulación del dinero, y antes de la fetichización propia del desamparo de una comunidad sin referentes totémicos. (2006: 490)

Al valorar esa potencia movilizadora de la riqueza petrolera, Campos apunta a un cambio positivo en lo que respecta a las relaciones de poder que se cancelan con la modernidad petrolera, que a pesar de todo va a permitir alcanzar una “dignidad material” que antes era más difícil dentro de los parámetros latifundistas.

Teniendo esta perspectiva en el horizonte, nos adentramos en los registros de esa mirada negativa que casi siempre prevalece en la literatura del petróleo. *Mancha de aceite* (1935) participa, por supuesto, de esta óptica sobre la incidencia de la explotación petrolera en los pobladores del país. Esta novela dibujará un paisaje industrial asociado indefectiblemente a los campos petroleros y sus instalaciones: “Se alzaba ya la enhiesta torre de acero colocada sobre el lugar que los geólogos bautizaron con orines” (2019; p. 296) No hay línea en esta obra que no contraste de manera recurrente lo que se podría designar como el espacio objetivo de la explotación con aspectos que buscan enfatizar lo degradante de todo el proceso, deshumanizado y materialista.

Un médico colombiano que trabaja para las petroleras es el protagonista de esta novela, basada en las experiencias del propio Piedrahita en los campos petroleros venezolanos, durante las primeras décadas del siglo XX. En otro episodio de la novela se expresa:

Dammed it! Siempre lo he dicho, doc, que aquí nada sirve. La tierra no aguanta un empujón. Apuremos a ver qué queda de estos hombris. Menos mal que solo son pioneros. Los empleados quedaron protegidos por el caterpillar. Verá que eso no tiene ya remedio. Bien podrían quedar allí enterrados esos hombris. No valen nada... (2019; p. 297)

Otra constante de estas novelas del petróleo es el desprecio que define las relaciones entre el extranjero y el nacional, esa superioridad que se pone de manifiesto a cada momento, como se evidencia en esta cita, en la que la muerte accidental de varios obreros no suscita la más mínima compasión en el norteamericano, para el que esos hombres no valen nada. Este desprecio va a encontrar acomodo en personajes como Asdrúbal, de *Mancha de aceite*, o Guillermito Rada, en *Oficina nº 1*, que se deshacen en atenciones con el extranjero en una adoración servil y baja.

En estas relaciones entre los extranjeros y el gobierno profundizará *Mancha de aceite*, señalando la manera cómo todos se quieren lucrar de la explotación del modo más franco y descarado.

Creo, doctor, que usted está al tanto de los negocios del petróleo en estas tierras. Es difícil trabajar aquí, como usted lo habrá

visto. No podemos conseguir obreros si no se está “muy de acuerdo” con el jefe civil y con otros empleados oficiales. Los políticos, los parásitos... todos quieren vivir de nuestro trabajo y a costa de los capitales extranjeros. (2019; p. 303)

Lo que supone este líquido oscuro es dinero, es poder, es bienestar, y así lo expresan los norteamericanos de la novela. “Petróleo es dinero, dinero es lo único que puede dar bienestar”. (2019: 304) El punto de vista del extranjero lo muestra con bastante acierto y claridad Uribe Piedrahita, en contraste con la ignorancia del nacional ante ese recurso de gran valor: “Los americanos que aquí trabajamos con el fin de sacar de la tierra una riqueza que esta gente no conoce y no sabe cómo explotarla, ni para qué sirve”. (2019: 304)

En estas palabras quedan fijados los parámetros de la explotación inicial del petróleo, como también lo expresaban los personajes de *Ehvia*, ya que para la época el país no poseía los conocimientos necesarios para sacar el combustible a flote, ni existía en el país la tecnología para extraerlo, así como tampoco el conocimiento relativo a los muchos usos que tenía esta sustancia.

No obstante, Luis Ricardo Dávila expondrá que la aparición de este recurso en el país ha tenido incidencias positivas:

1- Para consolidar el proceso de modernización de la sociedad venezolana: 2- Para conseguir la tan preciada unidad nacional. [Ya que] Comenzaron a vincularse todos los rincones del país por medio de la construcción de vías de comunicación, las ciudades y su infraestructura crecieron a pasos agigantados, se inició el saneamiento de la población de sus seculares males endémicos, la educación dejó de ser mera “instrucción” para convertirse en formación técnica y científica. (2005; p. 5)

En *Mene* y también en *Casas muertas* se aludirá a las enfermedades endémicas que tenían sumido al país en la muerte y en la ruina, por lo que su saneamiento como territorio será otro de los aspectos que Miguel Ángel Campos le señalará positivamente a la riqueza petrolera: “es preciso enfatizar la función terapéutica del petróleo, su impacto en la modernización de un país socialmente atrasado minado por plagas seculares, endemias, analfabetismo, feudalismo.” (1994; p. 24)

También apuntará Luis Ricardo Dávila que esta explotación petrolera que comienza durante la dictadura gomecista, sentará las bases para un proceso de cambio que tuvo como motor esta riqueza rentística, que insertó nuestro país en el mercado mundial, por lo que le reconoce a este gobierno el:

poner la nueva riqueza en sintonía con el interés nacional. Y esta sería alta prioridad del Estado gomecista. Con ello se generarían, entonces, las condiciones óptimas para articular el país al sistema capitalista mundial y, en consecuencia, modernizar su economía y su sistema de producción. Los signos colectivos se moverían del agro al petróleo. (2005: 3)

Y en este mismo orden de ideas, Dávila considera que no toda la gestión de la industria petrolera realizada durante este periodo fue negativa, como tanto lo quisieron mostrar la mayoría de los intelectuales y políticos opositores de la época, así pues destacará que:

En sólo una década se había logrado estructurar el marco político y jurídico de la articulación nacionalista petróleo-nación. La lógica era contundente: cuidar los intereses nacionales, sin causar daño alguno, sino más bien atrayendo al capital extranjero. A nivel de la terca realidad de los hechos es difícil aceptar esa representación colectiva de que Gómez y su régimen rehabilitador fueron instrumentos del “entreguismo al extranjero” o “factor deformativo” de la vida nacional. Tampoco se puso en peligro “la soberanía de la patria” --tal como lo denunciaba el Liberalismo Nacionalista de 1911-- por permitir indiscriminadamente la entrada del capital extranjero y de la inmigración. (2005: 11)

Por último, queríamos destacar que entre las metas que el gobierno gomecista se impone para transformar el país gracias al ingreso petrolero, señala Arturo Almandoz que:

Siguiendo las prioridades que el gobierno del Benemerito estableciera desde la segunda década del siglo, la élite gomecista había comprendido desde muy temprano que el saneamiento y las mejoras de las comunicaciones e infraestructura eran requisitos para la consolidación del capital extranjero en la nueva Venezuela petrolera. (1999: 13)

5. Primera mina importante

Un episodio clave que marca ante el mundo la escala de la riqueza petrolera del país, es el estallido del pozo de los Barros 2, en la Costa oriental del Lago de Maracaibo, que derramará miles de barriles durante varios días. Este suceso será narrado en varias de estas novelas petroleras, es el caso de *Mancha de aceite*, *Mene* y *Los Riberas*.

Picón Salas en su texto autobiográfico sobre los años 20 lo reseñará así: “Por fin brotó, iluminando con sus llamas todo el

lago y proyectando fumarolas de purgatorio en la húmeda lejanía, el enorme pozo de La Rosa que era el espejismo de otro Dorado.” (1983: 549) Enlazando el hecho con la ilusión colonizadora del Dorado, el autor considera el estallido como el punto de partida de una nueva idealización de dinero y riqueza, tanto para los extranjeros como para los nacionales.

En la novela de Uribe Piedrahita, por su parte, se narrará de esta manera:

La nueva de que en las concesiones de la Shell había estallado un pozo que desperdiciaba más de cien mil barriles diarios se extendió por todos los rincones de la hoya hidrográfica del lago y voló hasta las más remotas oficinas de Europa y Asia, donde los buscadores de petróleo quedaron perplejos ante tamaña riqueza.” (2019: 314)

En *Mene* se cuenta el hecho de esta manera:

A la luz de los reflectores eléctricos destacábase la torre del taladro, envuelta en el impetuoso plumaje de aceite. Saltaba el chorro del seno de la tierra, silbando y gruñendo, disparado hacia los cielos; se elevaba a una altura de cuarenta metros y caía sin control pulverizado por la brisa nocturna, bañándolo todo en un centenar de metros a la redonda” (1977: 79).

También en *Los Riberas* se hará alusión al pozo Barroso número 2, que produjo más de cien mil barriles en pocos días y que llevó el entusiasmo petrolero al paroxismo: “Los titulares de las concesiones subieron las primas y exigieron mayores royalties. Alfonso Ribera saltaba de gozo. Un grupo de seis contratos pendientes de traspaso, logró colocarlo con el doble de beneficio.” (1983: 378) De esta manera, más cercana al enfoque del Señor Rasvel, esta novela de Briceño Iragorri aludirá al asunto petrolero desde el punto de vista de los nacionales que han hecho fortuna aprovechando las concesiones, primando su riqueza personal por encima de la del país.

6. Presente petrolero

Aunque cronológicamente *Tiempo de tormentas* (2018) es una novela más reciente que *Un hombre de aceite* (2008), para efectos de este estudio resulta más coherente analizar primero *Tiempo de tormentas*, porque lo que ahí se narra corresponde a lo ocurrido durante la década de los sesenta y cómo en la micropolítica familiar y afectiva del personaje protagónico se inserta lo macropolítico del derroche económico de esos años, ya que en *Un hombre de aceite* podremos ver la transformación más cercana en el tiempo de la industria petrolera venezolana, así como las nuevas formas de corrupción asociadas a esta industria, al nuevo gobierno y a las nuevas formas de manejos ilícitos.

De tal manera que la penúltima novela que revisaremos es *Tiempo de tormentas* de Boris Izaguirre (2018), en la que se observa a través de la narración de su personaje principal (cargado de un tinte autobiográfico) la Caracas de la infancia del autor, ya encubierta por el boom petrolero. La conocida como la Venezuela saudita. Esta súbita bonanza que se verifica en la llegada a su hogar de objetos de consumo y electrodomésticos nuevos, y será mencionada por el niño Boris de esta manera:

Poco a poco aparecían más cosas en casa. Ese televisor nuevo donde Altagracia parecía más grande, casi una cabeza suspendida en el aire, diciendo noticias cada vez más positivas. «El crecimiento económico de la nación puede alcanzar valores desconocidos hacia el final del año». Debía ser cierto, porque cambiamos de cocina, de nevera. Y de tocadiscos, todo el mismo año. (2018: 28)

Durante esos años de derroche el país se acostumbró a comprar todo nuevo, si algo se dañaba, lo botabas y comprabas otro nuevo, a nadie se le ocurría mandar a arreglar nada.

En el relato, la vida de los personajes se entrelaza con la historia de la nación, por eso, la obra de ballet que representa su madre en el Teatro Teresa Carreño (otra de las edificaciones bandera de la Venezuela saudita), la bailarina Belén Lobo será enunciada por los medios como el símbolo de ese fasto que se vive en el país:

Ese diciembre, Carlos Andrés Pérez, el flamante presidente de la República de Venezuela, nacionalizó el petróleo y consideró muy oportuno acompañar la función de Cinderella esa noche tras el anuncio de la nacionalización. Mi papá estaba anudándose una corbata, cosa que nunca le había visto hacer, mientras yo me abotonaba una nueva camisa blanca superalmidonada. (2018: 8, 9)

En el escenario privado de su casa y en el público del país se entrelazan ese pasado familiar y ese pasado histórico, como las diferentes y similares facetas de un cristal, por el que apreciamos los acontecimientos del momento, como esa nacionalización que se expresaba como un triunfo luego de muchas décadas de concesiones.

Por otro lado, en su recorrido para ir a clases, ya de adolescente, en esa misma década de los setenta, el joven Boris irá dejando a su paso edificaciones de otra época arquitectónica del país, que en poco tiempo darían lugar a espacios más acordes a

los tiempos de modernidad y riqueza de esa Venezuela: “En mi recorrido, pasaba por las casonas semiabandonadas de antiguas haciendas de cacao y café que el petróleo convertiría en centros comerciales.” (2018: 97)

Y por eso, los recuerdos de esos años poseen en la novela un brillo especial, como bien lo apuntará el personaje protagónico al mirar hacia atrás, porque no era posible dejar de notar, como se podía hacer ya pasado el tiempo, que esos años fueron de una locura y un derroche totales para el país, siempre desigual, siempre contradictorio. Unos llenándose los bolsillos y otros recibiendo las migajas de esta riqueza:

Eran los años setenta. Y al vivirlos y sobre todo entrando en mi adolescencia, ¿cómo iba a saber que estaba viviendo los locos, rebeldes, económicamente inestables años setenta? Para empezar, en mi país no había inestabilidad política sino un nivel de bonanza que, como había dicho mi padre, «no sabremos qué hacer con tanto dinero». Tenía toda la razón, los empresarios de Venezuela se volvieron supermillonarios sin ajustar la desigualdad social, como si el petróleo solo salpicara a unos cuantos con su riqueza. (2018: 100)

Y esta reflexión es la más válida y pertinente para pensar esa década, en la que el país recibe un flujo de dinero que se despilfarra y malversa a manos llenas, sin resolver los problemas sociales y económicos, lo que traerá como consecuencia toda la movilidad política que inicia en 1999.

Con *Un hombre de aceite* de José Balza (2008) nos ubicamos ya en el siglo XXI, la novela comienza con la descripción de la modernidad de un edificio que se nos sugiere puede ser las oficinas principales en Caracas de Petróleos de Venezuela (la empresa creada para gestionar los asuntos petroleros del país luego de su nacionalización en 1975), aunque la ciudad y la moderna empresa tengan otros nombres ficticios. “Hace mucho parecía una construcción alta pero ahora el edificio de la gran Compañía se encoge, junto a tantas moles de vidrio y concreto desmesuradas.” (2008: 5) Un hombre que ha trabajado muchos años en esta empresa decide jubilarse, antes de la fecha en que debe hacerlo. Estamos ya en la Venezuela que ha cambiado su faz por edificios de vidrio y concreto, moderna y tecnológica.

Su pasado en la empresa muestra que ha escalado poco a poco posiciones:

¿Cómo llegó allí? Estaba en cuarto de secundaria y la tía de una amiga le avisó del trabajo. Tal vez la tía misma era secretaria entonces, ya no lo recuerda. Se presentó, fue aceptado. Y comenzó entonces esta vida inverosímil: ganaba más dinero que los compañeros de su barrio que también trabajaban. El horario era estricto: de siete y media a cuatro, con una hora para almorzar. (2008: 6)

Va repasando su vida en la empresa, muchos momentos en diferentes espacios del edificio, con otras personas: “Pero Luis Samán no puede evitar la sensación de que cada escalón, cada piso, cada parte de su paseo (y de su despedida hoy) pertenece a una historia general, ajena, indescifrable y determinante, terrible, oculta y pública: la de las Compañías Petroleras.” (2008: 8) Se sugiere que ese lugar guarda una historia mucho más amplia y compleja, tenebrosa y con lados visibles tanto como velados, que es la de las compañías petroleras del país.

El director de la empresa por su parte, en la fiesta de despedida de Luis Samán hace un recorrido por los avances tecnológicos que han transformado la empresa:

Está contando no la historia de los descubrimientos petroleros (ya nadie se acuerda de eso) ni el proceso de legitimación realizado durante décadas, para que el país percibiera mejores ganancias por su propio subsuelo, sino el paso a la modernización tecnológica, a los audaces sistemas de explotación, al eficaz servicio de distribución mundial, a los zigzagueantes niveles de producción y al alza y baja intermitentes de los precios. Una historia preciosa, según él, que ha formado el corazón del país. (2008: 11, 12)

A vuelo de pájaro, el relato nos enumera décadas de historia del combustible pero se enfoca en su pasado reciente de salto a la modernidad tecnológica acorde al nuevo milenio, notoria en los nuevos sistemas de explotación, la distribución a escala mundial, etc. Continuará señalando sólo una parte de esta riqueza rentista:

-No hay casa elegante –dice-, teatro, universidad, autopista, televisora, hipódromo y línea aérea, que no tenga sus raíces y su explicación en la producción petrolera. Un orgullo. El petróleo es lo obvio entre nosotros, no como Dios, pero casi. (2008: 12)

Y a esta mirada sesgada y parcializada, el personaje protagónico, Luis, siente la necesidad de confrontarla con el otro lado de ese mismo progreso petrolero:

Luis siente la tentación de interrumpir, de mostrar que también la más terrible y duradera cara del país, la de la pobreza, la violencia y la estupidez ha sido creada y agrandada por el líquido demonio. Podría decirle asimismo que quizá están viviendo los

estertores de una empresa que ya se agota, después de casi ciento cincuenta años. Y que con su esterilidad de siempre arrastró al país. Pero sonrío con amargura y calla. Una sensación de náusea lo atraviesa. Están muy lejos los años universitarios. Tanto los planificadores y dirigentes de la nación, como el pueblo mismo, han sido idénticamente responsables. Responsable él, Luis, pero impotente ¿o indiferente? Todos se dejaron envolver por la picaresca, la comedia de aquella vida ambiguamente cómoda. (2008: 12)

Luis sabe que lo ocurrido es responsabilidad de cada uno de los implicados, él, los planificadores y dirigentes, todos han sido cómplices de esa terrible desigualdad creada por el petróleo, por la mala gestión del entonces valioso combustible. Su cobardía se hace patente desde el comienzo de la novela, en este saber mucho más de lo que se menciona con grandilocuentes palabras y callarlo. Sólo para el lector será visible esta culposa reflexión.

En esa despedida, el Licenciado Ochoa, Jefe de Prensa de Petrolia, le dice unas palabras, basadas en las ideas de un amigo filósofo,

-El hombre ha partido de una categoría sugerida sobre todo por Vallenilla Lanz en 1919: la idea de disgregación, cómo hemos vivido políticamente siempre una separación: entre los modelos sociales europeos y nuestra vida real, entre las Constituciones y su falsa aplicación. Hay una fragmentación y un dualismo. Como si el país fuese uno pero se dejara vivir por otro, digo yo. (2008: 15)

El texto va permeando una serie de ideas e hipótesis respecto a nuestra naturaleza como país, como pueblo, en la que observa una dualidad conflictiva y paradójica, una especie de bipolaridad. Continúa diciendo Ochoa:

Él dice que nuestra Historia moderna es la historia de la intervención del Estado y que éste ha tenido momentos estelares como el de fundación en 1945, el de recuperación, después de la última dictadura, en 1958, hecho que usted mismo vivió, aunque creo que era muy joven, y el de consolidación, a partir de los años sesenta. (2008: 16)

Sabemos por ese primer gobierno gomecista que inicia la gestión del combustible fósil en el país, que luego se desarrolla un proceso por medio del cual el Estado venezolano se hace cada vez más rico y poderoso, y Balza lo sintetiza en esos tres momentos, 1945, 1958 y la década de los sesenta. Pero Ochoa deduce que,

Esto significa que nuestra sociedad, toda, nunca ha vivido según las leyes y su aplicación correcta. En todo interviene el Estado, es decir, el petróleo, sus bajas y subidas. Una incoherencia, una cosa ilegítima. Dice el hombre: “la vida política actual se funda y se legitima en una tradición de servidumbre”. (2008: 16)

Ese talante omnipotente del Estado rentista venezolano se pone en evidencia por medio de estas palabras, y Luis Samán analiza que durante su tiempo de trabajador activo de Petrolia ha visto sobretodo a otros enriquecerse, aunque también ha participado tímidamente de algún acto ilícito, a pesar de que se haya inclinado fundamentalmente hacia el trabajo honesto:

Otras veces vino Hernández a proponerle colaboraciones similares. Al fin y al cabo se trataba del dinero de la Compañía o, más simplemente, del Estado. A nadie pertenecía. Luis tuvo la fuerza para negarse y, lo más importante, la energía para no dejarse chantajear. Hernández era sensible a su imagen pública: ni un escándalo, ni una mancha. Claudicó suavemente. (2008: 18)

Como en el caso de Rasvel y de tantos otros luego, Luis Samán se encuentra durante su trabajo esas invitaciones a lucrarse y sabe que muchos participan de estas actividades ilícitas, que ocurren habitualmente, sin embargo consigue mantenerse apartado de estos turbios manejos.

Antes de terminar la fiesta Hernández le advierte, se avecinan cambios y hay riesgos de que el gobierno cambie de manos y puedan ver alterado su estatus dentro de Petrolia:

Nuestra empresa ha permanecido más o menos igual durante las últimas décadas. No te voy a hablar de su historia, porque la conoces mejor que yo. La nacionalización fue el último gran paso y todo indica que nada cambiará. Lo que puede alterarse es nuestro status. Estamos seguros de vencer en las elecciones: tendremos un presidente como los de siempre, porque lo hemos propuesto desde nuestro Partido. Pero si ganara el opositor, es tan joven y tan poco preparado, que pudiera intentar un cambio drástico. En ese caso todos nosotros saldríamos de aquí, quizá sin el rango que merecemos. Y en tu retiro tal vez sufras ataques o tratamientos indignos. Debes estar preparado. (2008: 23)

La advertencia no le causa ninguna inquietud a Luis, quien sabe que estos cambios sólo amenazan a los grupos corruptos de la empresa. Así, Luis sale de Caranat y viaja hacia su ciudad de origen, Tander, donde lo espera Isaka, una joven mujer con la que piensa vivir a partir de ese momento. De camino allá recuerda su pasado y piensa en esa casa de su infancia donde nació y

que reconstruye para vivir con Isaka.

Pero aparece de nuevo Ochoa en su vida un tiempo después, ahora formando parte de un nuevo gobierno (Chávez) y lleno de esperanzas de cambio para Petrolia y para el país. El escenario que le muestra Ochoa parece propicio para conseguir un verdadero cambio en el país y en Petrolia, todos los que vivimos ese momento del triunfo de Chávez, luego de salir del presidio cumplido por la intentona golpista recordamos los aires de esperanza que había en el ambiente:

Un fenómeno de masas nunca visto, enérgico y necesario, sostenido por consignas para corregir errores, para ordenar nuestra desviada democracia y, especialmente, para transfigurar el petróleo en justas áreas de producción, de educación y cultura. Lloré al votar, porque el cambio era inexorable. La nación, mil veces traicionada por sus hombres, había creado a un líder impulsivo, sin dinero y sin ambiciones económicas personales. (2008: 68)

Las palabras de Ochoa dentro de la novela restauran de manera legítima ese momento crucial para la historia del país. Le pide a Luis que regrese a enrumbar Petrolia a su lado. Lo busca para una misión dentro de Petrolia: “Pero ahora se necesita rehacer la empresa: la imprescindible necesidad de desarrollo interno, de expansión planetaria.” (2008: 69)

Todo parece indicar que se avecina un cambio positivo para el ingreso petrolero: “Y lo más importante, convertir la riqueza en un bien colectivo, administrado con justicia y transparencia, como debería ser en la historia de nuestro país.” (2008: 70) Luis acepta el reto que le plantea Ochoa y regresa a Caranat, donde emprende acciones en la dirección que deseaban con la intención de modificar el rumbo de Petrolia:

Nada más urgente que redimensionar los objetivos económicos y sociales de la empresa; convertirlos en vectores de acción y desde ellos estructurar una red coherente para cualquier actividad, desde las más complejas y de alto rango hasta las minucias cotidianas. (2008: 83).

Así, Luis continúa su vida en Caranat y empieza una relación con Coro, una joven brillante que ha llegado a formar parte de los directivos de Petrolia y afín a las ideas del nuevo gobierno.

No obstante, sus antiguos compañeros de trabajo en la empresa, que aún siguen ahí, le hacen saber que las cosas empiezan a torcerse en determinado momento, y que nuevos actos de corrupción hacen de nuevo mella en Petrolia y en el nuevo gobierno, Hernández y Ruiz le hacen notar que:

Sería oportuno observar mejor no el resultado inmediato de algunas actividades sociales y ni siquiera los gastos del licenciado, que creemos justificados por lo que va logrando, sino el destino de grandes presupuestos que, al salir del Sistema, no parecen tener destino claro. -Se dice que la gente del gobierno gasta demasiado.” (2008: 96)

Haciéndole ver que está ocurriendo algo que no está claro. Luego se relatan episodios terribles que forman parte del pasado reciente del país, como el deslave de Vargas, en el que de nuevo se va a evidenciar una gestión opaca de la riqueza petrolera ante este drama:

En efecto, la gran montaña está herida: los torrentes y los desprendimientos de rocas destrozan la vegetación. Y sin ella, la tierra parece sangrar. No sólo se va modificando el paisaje causando terror con la amenaza de las cumbres sino que en la gente brotan violentos impulsos de solidaridad, de protección, de derrota y maldad. (2008: 103)

Lo vivido en esos días se expresa en la novela con todas sus circunstancias de contrastes, tanto por la solidaridad que se desencadena, como por los robos y otros asuntos.

Al lado de su joven y nuevo amor, Coro, Luis olvidará a Isaka, quien muere en Tander y al final Ochoa le confiesa ver rasgos de locura en el nuevo mandatario, así como una corrupción que ya invade todo:

Para someter a las masas las convence de su exclusión, pero en vez de trabajar por su recuperación, las impulsa a no trabajar, a un simulacro de estudios, a la invasión de propiedades, al atropello, a la flojera, a vivir de un dinero injustificado. Paralelamente su sencillez se alteró: la ropa lujosa, los placeres desembocan en una maníaca obsesión por la diversión, los grandes viajes, gastos y lujos, cuyo emblema es un portentoso avión. Parece trabajar, nunca lo ha hecho, sólo juega de manera pueril. Todo esto mientras campo y ciudad se vuelven enfermizos, depauperados. Él mismo ha ido creándose un cerco maldito. (2008: 112)

Ochoa le narra a Luis, con temor a las transformaciones que observa en el nuevo mandatario, lo que está haciendo con el país, el giro siniestro que va ocurriendo en el gobierno, y al ponerse en contra de esto, lo señalan como corrupto y lo apartan de Petrolia, donde seguirá todo moviéndose en concordancia con este nuevo gobierno y país que ya no trabaja en función del

bienestar general, sino como tantas veces en la historia de Venezuela, lo que va a imperar es la corrupción y la desigualdad a gran escala, que serán cada vez más notorias y crecientes, así su amada Coro le hará saber, solicitando su intervención, ya que:

En el estilo actual de la Compañía, la ejecución de partidas no puede ser auditada de inmediato; Oríguen cree que en esas partidas todavía sobra dinero. [...]esos fondos tienen que pasar al alto nivel de la Compañía, Luis, donde también estás tú. Y quedarse allí. [...]Y Oríguen dice que la distribución debe ser proporcional. Ningún general puede recibir más que otro. Nosotros tampoco. Esos remanentes deben desaparecer. Cada Ministro recibirá un aporte, ignoro si también el Presidente del país. Pero de esta forma tú yo podemos cumplir con tantos proyectos personales. (2008: 114, 115)

En estas palabras de Coro se hace visible la corrupción de estos nuevos grupos gubernamentales, su doble discurso, y de nuevo como en Rasvel o en el caso del Leiziaga de *Cubagua*, la ambición personal se superpone ante cualquier ética, así se inicia una nueva corrupción en Petrolía de la mano con el gobierno. Y Luis Samán, al estar relacionado sentimentalmente con Coro, coloca su enriquecimiento personal por encima de su honestidad.

Así, la novela continua explicando cómo aumenta la riqueza de Luis y de Coro a la sombra de estos manejos de la renta petrolera:

Los ahorros acumulados en bancos extranjeros o de Caranat les garantizan años de confort. Sobre todo porque esa fortuna es administrada con finura por ella. -Odio el lujo con que vive la nueva gente del gobierno, Luis -Y Coro ríe. Creo que antes me gustaba ese lucimiento, ahora prefiero que lo que uno tenga esté bien resguardado. (2008: 120)

Hace gracia ver al personaje de Coro cuestionar el nuevo riquismo de la nueva élite política del país, todo obscenidad y ostentación, frente a su manera de ser corrupta en la que sencillamente se siente tranquila sabiendo sus caudales guardados fuera de Venezuela.

Así, este nuevo grupo político disfruta de las mieles de su rapiña, “Ella no lo dirá, pero él siente su pensamiento planear dentro del gran salón: -Pura gente que florece, que nada necesita, gente como nosotros, Luis, con posesiones y dinero. Somos los siempre nuevos felices de nuestro país.” (2008: 123) Con este cierre magistral la novela concluye alejándose de estos nuevos ricos que ahora se benefician, como otros muchos antes que ellos, de la bonanza petrolera del país, mientras Venezuela se va hundiendo paulatinamente en la miseria, en la emigración, en la falta de sanidad generalizada, en el hambre, en la pobreza. Es decir en el paisaje que en nuestros días vivimos los venezolanos.

7. A modo de cierre

Que la explotación del petróleo vino a acelerar cambios en Venezuela que no hubiesen ocurrido de la misma manera, es una realidad que no se puede soslayar. En la novena y última parte de su texto autobiográfico *Regreso de tres mundos*, titulado “Regreso y promisión”, Picón Salas afirmará que: “La riqueza petrolera nos hacía crecer y progresar aun contra nosotros mismos”. (1983: 599) destacando con esto que vivimos un proceso transformador que no tuvo un ritmo natural, que no vino como consecuencia de un cambio de mentalidad ni de un ajuste a la época, por lo que de alguna manera se colocó, se solapó una manera de vivir sobre otra, de modo inconexo y forzado.

También en *Antítesis y tesis de nuestra historia* afirmará Picón Salas algo semejante: “nos modernizamos y civilizamos a pesar de nosotros.” (1983: 58) enfatizando que este cambio de fondo y de forma aconteció al margen de nosotros, como si los venezolanos (la mayoría) sólo hubiésemos sido testigos de esa modernización sin haberlo pensado ni deseado, como un destino que se nos impuso por tener en el subsuelo de nuestro territorio petróleo y éste adquiriese una repentina relevancia en la economía mundial.

La literatura ha ido recogiendo, de manera protagónica o marginal, lo que supuso esta explotación para la vida del país, para las vidas de las personas, profundizando en los enormes contrastes creados, las luchas sociales y laborales, la modernización de las ciudades, el abandono del campo por la vida urbana, nuestra nueva vinculación con el resto de las naciones, con la fama primero de despilfarradores, y ahora de inmigración en masa, tanto de gente adinerada, como de clase media profesional, y de gente pobre que busca mejoras que ya el país no ofrece, porque en Venezuela la política ha seguido incidiendo negativamente en la economía, generando unos niveles de inflación abrumadores, así como contingencias alimentarias, sanitarias, de combustible que han hecho de la vida de cada día un reto de gran complejidad. En los años del chavismo nos ha tocado ver el empobrecimiento de la sociedad y el ingreso por la renta petrolera y otros bienes de la nación, sostiene a unos magnates chavistas, mientras el resto del país se sume en la pobreza y en la desesperación, en el medio entre la clase comerciante e industrial que muchas veces lo que hace es lucrarse de la miseria, y entre estos dos polos, la sociedad vive al límite. Confiamos en que este

panorama cambie de nuevo para que Venezuela entre ahora legítimamente al siglo XXI.

Artículo resultante de la investigación desarrollada entre marzo-mayo de 2020 mientras dictaba en la UNEFM (Coro, Falcón) un Seminario de Literatura Venezolana sobre el tema.

Bibliografía, hemerografía y referencias electrónicas

- Almandoz, Arturo. (1999) “De los Andes a la capital con Alfonso Ribera. Crítica de la urbanización petrolera en Briceño Iragorry y Picón Salas.” Conferencia dictada en el Coloquio Imaginarios de la ciudad. Mérida, Centro de Investigaciones literarias Gonzalo Picón Febres. Universidad de los Andes.
- Almandoz, Arturo: (2020) “Díaz Sánchez y la novela petrolera I y II”, disponible en <https://prodavinci.com/diaz-sanchez-y-la-novela-petrolera-i/> [Consultado el 24/05/2020 a las 10 am]
- Balza, José (2008) *Un hombre de aceite*. [Ejemplar digital facilitado por el autor].
- Blanco Fombona, Rufino. *La bella y la fiera*. / Toro Ramírez, Miguel. El señor Rasvel / Uribe Piedrahita, César. Mancha de aceite. (2019). Caracas, Biblioteca Ayacucho. Serie Petróleo 2.
- Briceño Iragorry, Mario (1983) *Los Ríberas*. Caracas. Fundación Mario Briceño Iragorry.
- Britto García, Luis. (2004) *Rajatabla*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Baptista, Asdrúbal. (1985) *Un esbozo de la historia del pensamiento económico venezolano*. Caracas. Academia Nacional de Ciencias Económicas. Cuadernos 3..
- Campos, Miguel Ángel. (1994) *Las novedades del petróleo*. Caracas, Fundarte.
- Carrera, Gustavo Luis. (2005) *La novela del petróleo en Venezuela*. Mérida, Universidad de los Andes, Publicaciones del Vicerrectorado académico.
- Dávila, Luis Ricardo. (2005) “Petróleo, cultura y sociedad en Venezuela.” disponible en el siguiente enlace: <http://www.saber.ula.ve/bitstream/handle/123456789/15716/petroleo-cultura.pdf?sequence=1&isAllowed=y> [Consultado el 17-03-2020, a las 9 am]
- Díaz Sánchez, Ramón. (1977) *Mene*. Buenos Aires, Eudeba.
- Erial, Julia Elena. (2003) “Petro narrativas lationamericanas”, en *Hispanista*, Revista electrónica de los hispanistas de Brasil, Vol. IV, N° 13, abril, mayo, junio de 2003.
- González León, Adriano. (1994) *País portátil*. Caracas, Monte Ávila Editores.
- Otero Silva, Miguel. (1975) *Casas muertas*. Barcelona, Seix Barral.
- Otero Silva, Miguel. (1980) *Oficina n° 1*. Caracas, Seix Barral.
- Montejo, Eugenio (2005) *Alfabeto del mundo*. México, D.F. Fondo de Cultura Económica.
- Petit, Simón. (1999) *Bajo la grúa, sobre el andamio*. Paraguaná. Fondo Editorial Ateneo de Punto Fijo. 1999.
- Petit, Simón (2018) *Los poemas refinados*. Libro digital inédito facilitado por el autor.
- Pereira, Gustavo (1999) *Cuaderno terrestre*. Valencia, Ediciones Poesía.
- Picón Salas, Mariano. (1983) *Viejos y nuevos mundos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Quintero, Rodolfo. (2007) *La cultura del petróleo*. Caracas, Fundación Editorial El Perro y la rana.
- Rengifo, César (2008) *Tetralogía del petróleo*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Rifkin, Jeremy (2018) “La tercera revolución industrial”, conferencia disponible en el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=5E7oAYefZss> [Consultado el 15-03-2020, a las 9 am]
- Rojas, José Amador. (2007) “El motivo del petróleo en la novela venezolana”, *Revista Cambios y permanencias*, Mérida, volumen 8, n° 2, pp. 124-179. 2007.
- Rojas, Daniel. Elvia / *Pocaterra, José Rafael. Tierra del sol amada* (2017) Caracas, Biblioteca Ayacucho. Serie Petróleo 1.
- Silva, Paulette (2000) *De médicos, idilios y otras historias*. Bogotá, Editorial Universidad de Antioquia.
- Uslar Pietri, Arturo (1998) *Nuevo Mundo, mundo nuevo*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Williams, Raymond (1980) *Marxismo y literatura*. Barcelona, Editorial Península.